

ffijar un acto de apelacion del papa mal informado, y refiriéndose en todo cuanto habia escrito y predicado al sentir de las universidades de Basilea, de Friburgo, de Lovaina, y sobre todo á la de París, á la que llamaba la antorcha y madre de todas las ciencias. Esta escuela distinguida no tardó en reconocer el caso que debe hacerse de estos elogios de los sectarios. Lutero escribió además al legado excusándose de su partida oculta, y aun de haberle hablado con un modo poco respetuoso; pero al propio tiempo escribió á otras partes, hasta á Roma al mismo papa, quejándose de la dureza y tiranía insoportable (tales son sus palabras), con que este cardenal queria obligarle á confesar errores, sin hacerle ver en qué habia errado. Tal fué la crisis, despues de la cual este espíritu, enfermo y lánguido en la fé, la perdió enteramente, sin que en adelante se mostrase capaz de remedio (1).»

(1) Berault-Bercastel, lib. LVIII, n. 5-7.

### CAPÍTULO III.

Divinidad de la Iglesia católica.—Su superioridad sobre el protestantismo.—Satanás inspirador de Lutero.—Juicio sobre sus conferencias nocturnas con el diablo.

Existe sobre la tierra una sociedad admirable en su origen, en su constitucion, en sus leyes; sociedad que por más de diez y ocho siglos ha sido siempre dirigida por un principio constante, fijo, invariable: sus miembros se encuentran así en los paises donde el estío es perpétuo como en los de perdurable invierno. Esta sociedad se distingue en su unidad: su nombre es *Iglesia católica*. Durante el curso de su larga existencia han desaparecido multitud de sectas filosóficas. Hombres de genio, muchos de ellos dotados de un talento privilegiado, han fundado sectas y religiones pretendiendo conservar su unidad ó mejor imitar la unidad del catolicismo, como medio de conservacion y el más á propósito para balancear las fuerzas. ¿Y lo han conseguido? No necesitamos demostrar, porque salta á la vista, que han sido inútiles todos sus esfuerzos. El protestantismo ha trabajado

con esfuerzo vertiginoso, y sus variaciones, hoy multiplicadas hasta el infinito, empezaron en su mismo nacimiento. Los diversos jefes en la pretendida Reforma no llegaron nunca á ponerse de acuerdo. La Iglesia, únicamente la verdadera Iglesia de Jesucristo ha podido conservar siempre su *unidad*, «buscando la luz, y no ocultando sus libros, no escaseando la enseñanza, sino fundando por todas partes colegios, universidades y demás establecimientos, donde pudiesen reunirse y concentrarse los resplandores de la erudición y del saber (1).»

Todo demuestra en el catolicismo su origen divino; su institucion, su propagacion, su triunfo admirable sobre el poder pagano, su resistencia á los grandes combates que se le han presentado en el curso de los siglos, la santidad de su moral, la perfeccion de sus leyes, su perpetuidad, pero basta para rendir al espiritu ménos dispuesto á someterse el fijarse con algun detenimiento en su unidad. Obsérvense todos los sistemas asi religiosos como politicos, y tan solo se encontrarán luchas de ideas, partidos diferentes, hombres que piensan de distinta manera y que pretenden establecer como dogmas sus propias ideas, que estas sean adoptadas por el resto de los ciudadanos: y andando el tiempo, estos partidos se fraccionan, se subdividen en pequeños grupos y de aquí nace la confusion y el desórden; y esto se observa entre habitantes de un mismo clima, de igual temperamento, de idénticas costumbres, en los que parece debia reinar la armonia y la unidad de ideas. ¿Cómo es que no pueden avenirse? ¿De dónde nacen pensamientos tan con-

(1) Balmes: El catolicismo comparado con el protestantismo, tom. I, cap. III.

trarios? Es que se desarrollan planes humanos, y nada humano puede tener la firmeza, la consistencia de lo que tiene un origen divino.

¡Oh! si nos fuera posible hacer retroceder el tiempo, volver nada más que nueve años atrás, con placer tomaríamos de la mano al lector y le conduciríamos á los pórticos del Vaticano. ¿Qué ocurre en el más grandioso de los templos consagrados á Dios en el mundo? ¿Qué significa aquella multitud de obispos que pausadamente van penetrando en la gran Basilica y que proceden de todas las partes del mundo? ¿Por qué se ven mezclados y en amigable consorcio, varones de todas lenguas y naciones, orientales y occidentales, griegos y latinos? Es que el jefe supremo de la Iglesia, el sucesor de Pedro, el mismo Pedro que ya se llama Pio IX, ha elevado su voz, ha hecho un llamamiento, y aquella voz, eco de la voz divina ha fascinado el mundo. A una orden suya, acuden los prelados de todos los paises de la tierra á celebrar bajo su presidencia un concilio general, y todos ellos, unidos en la fé, llevan tambien el testimonio de la fé de los inmensos rebaños que rigen y gobiernan.

Nosotros tuvimos la gloria de presenciar aquel bellissimo espectáculo, y contemplamos aquel árbol frondoso extendiendo sus ramas desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodia, cobijando á tantas tribus y naciones, todas bajo la unidad de un mismo *Credo*.

Entre los observadores de aquel grande hecho, habria indudablemente quienes no vieran en el Vicario de Jesucristo aquella *pedra*, sobre la cual fué fundada por el Hijo de Dios su Iglesia; pero el hecho mismo que observaban y

contemplaban en silencio ¿ no les daría motivos para grandes reflexiones? ¿ Cómo ha hecho esta sociedad católica lo que en vano han intentado otras sociedades? Si ella ha hecho lo que no ha podido efectuar ninguna otra, ella es indudablemente la más sabia. Si ninguno de los planes humanos ha podido basarse en la unidad, y la Iglesia presenta este fenómeno, responde ella no á un plan humano sino á un plan divino. Esta unidad admirable de doctrinas, de creencias, es una de las grandes pruebas de la divinidad de la Iglesia.

¿ Será necesario mucha fuerza de lógica para demostrar la superioridad del catolicismo sobre el protestantismo? No es necesario fijarnos en los orígenes de uno y de otro. Esto sería suficiente. El catolicismo es hijo del amor de un Dios-Hombre hácia las criaturas, al paso que el protestantismo es hijo de la miserable apostasia de un fraile rebelde.

Interrumpamos aquí estas reflexiones consoladoras, para que oigamos hablar al mismo Lutero, autor de la Reforma: él nos dirá el espíritu que le animaba, dándonos cuenta de sus íntimas relaciones no con un ángel del cielo, sino con el ángel de las tinieblas: él mismo nos hará conocer que Satanás tuvo su parte en la pretendida y funesta Reforma. Séanos permitido reproducir una breve narración de nuestra *Historia de las Religiones*.

Al hablar del viaje de Lutero á Roma, hemos dicho que su indiferencia demostraba falta de fé. Sin embargo, Lutero creía. ¿Cómo pueden unirse ambos extremos? Es muy fácil: tenía la fé que no obra caridad. El mismo demonio cree, pero su creencia le sirve para temblar. La fé de Lutero era

la que no salva. Él aseguraba que creía, y negaba al mismo tiempo el mérito de las buenas obras.

Supónese generalmente que hasta fin del año 1517 no empezó Lutero á innovar con motivo de las indulgencias; pero esto es un error, pues empezó mucho antes: de ello puede convencerse el que lea sus cartas ó escritos publicados en 1516, é insertados en una edicion de sus obras publicada por él de acuerdo con Melancthon (1).

Lutero refiere sus continuas conferencias nocturnas con el diablo, y hasta su falta de palabras para contrarestar á sus argumentos. ¡ Pobre apóstata! ¡ A tales delirios le conducía su exaltada imaginación! ¿ Era verdad que el enemigo del género humano se dejaba ver de él para arrastrarle al camino de la perdición? ¿ Era una vision de su fantasía? Mintió tanto en sus escritos y se contradijo tantas veces, que podemos poner en duda sus afirmaciones. Sin embargo, entre Satanás y Lutero debía haber muy estrechas relaciones, ya fuesen visibles, ya invisibles. El primero se rebeló contra Dios, y el segundo contra su Vicario en la tierra y contra su Iglesia. Eran tal para cual, y permitasen la expresion. Bien podian ponerse de acuerdo aquellos entre quienes existía tal identidad de ideas.

El sabio monje, tan sutil en sus argumentos y que no se dejaba vencer por las razones de los varones más eminentes, no tenía que contestar á los pobres argumentos de Satan.

« Al leer algunas veces la larga conferencia de Lutero

(1) Edic. de Wittenberg, 1590;—Reynald, 1317, n.º 72;—Sanderus, *De visib. monarch.*, l. VIII;—Walch, l. xii, pág. 43.

con el diablo, dice un autor que antes hemos citado (1), no he podido menos de exclamar: O Satanás en el siglo xvi no estaba á la altura del más atrasado alumno de las escuelas de teología católica, ó consideraba suficientes muy insignificantes razones para convencer al *doctor*, ó este estaba empeñado en dejarse seducir, ó bien (que será lo más probable), tan falaz será el hereje como el demonio.

»En fin, no sé qué utilidad podía alcanzar Lutero para la Reforma, de la narracion frecuente de sus entrevistas con aquel enemigo del género humano. Algun tiempo despues que aseguraba haber tenido lugar la referida conferencia, confesó lisa y llanamente: *Diabolus frequentius mihi condormit quam mea Catharina; argumenta à diabolo didici; diabolus doctorem habui, à quo universa quæ docui didici.* O mientes, contestaré yo al hereje, y en este caso eres peor que un loco; ó á ser verdad lo que aseguras, ya están juzgadas tu doctrina y tu Reforma.»

Y á renglon seguido, añade el mismo escritor: «Pero no ha sido Lutero el único fanático visionario entre los corifeos del protestantismo; y lo prueba con los siguientes párrafos del sabio Balmes: «El fantasma de Zuinglio, fundador de la Reforma en Suiza, no deja tambien de presentar un ejemplo de ridícula extravagancia. Quería este heresiarca negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; pretendiendo que lo que hay debajo de las especies consagradas no fuese más que un signo. Como en la Sagrada Escritura se expresa tan claramente lo contrario, se hallaba embarazado con la autoridad del sagrado texto, cuando hé aqui que

(1) D. Antonio Vergés y Mirasó, obra citada.

mientras se imaginaba que estaba disputando con el secretario de la ciudad, se le aparece un fantasma blanco ó negro, como nos dice el mismo, y le señala una salida que le deja libre del apuro. Este gracioso cuento lo sabemos por el mismo Zuinglio.

»¿Quién no se aflige al ver á un hombre como Melanchton entregado á las preocupaciones y manías de la supersticion más ridícula; al verle neciamente crédulo en materia de sueños, de fenómenos raros, de adivinaciones astrológicas? y sin embargo, nada hay más cierto: léanse sus cartas, y se tropezará á cada paso con semejantes miserias.... Apenas acababa de erigirse en juez único el espíritu privado, ya la Alemania estaba inundada de sangre por las atrocidades del más furioso fanatismo. Matias Harlem, anabaptista, puesto á la cabeza de una turba feroz, manda saquear las iglesias, destrozár sus ornamentos, y quemar todos los libros como impíos ó inútiles, exceptuando solo la Biblia. Situado en Munster, que él llamaba *la montaña de Sion*, hace llevar á sus piés todo el oro, plata y joyas preciosas que poseen los habitantes, lo deposita en un tesoro comun, y nombra diáconos para la distribucion. Obliga á todos sus discípulos á comer en comun, á vivir en perfecta igualdad y á prepararse para la guerra que habian de emprender, *saliendo de la montaña de Sion para someter, segun decia, á su poder todas las naciones de la tierra;* y y muere por fin en un arrojó temerario en que se proponia que, *cual nuevo Gedeon*, exterminaría con un puñado de hombres *el ejército de los impíos.* No faltó á Matias un heredero de su fanatismo, presentándose luego Beccold, quizás

más conocido bajo el nombre de Juan de Leyde. Este fanático, sastre de profesion, echa á correr desnudo por las calles de Munster, gritando : « El rey de Sion viene. » Entró en su casa, se encerró allí por tres dias, y cuando el pueblo se presentó pidiendo por él, aparentó que no podia hablar: como otro Zacarías pidió por señas recado de escribir, y escribió que Dios le habia revelado que el pueblo habia de ser regido por jueces, á imitacion del pueblo de Israel. Nombró doce jueces, escogiendo aquellos que le eran más adictos, y hasta que la autoridad de los nuevos magistrados fué reconocida, evitó ser visto de nadie. Estaba ya asegurada en cierto modo la autoridad del nuevo profeta, pero no se contentó con el mando efectivo, sino que le ambicionó rodeado de toda pompa y majestad; propúsose nada ménos que proclamarse *rey*. En tan lastimoso vértigo estaban los fanáticos sectarios, que no le fué difícil llevar á cabo su loca empresa: no se necesitaba más que jugar una grosera farsa. Un platero que se hallaba en inteligencia con el aspirante á rey, y que también se hallaba iniciado en el arte de profetizar, se presenta á los *jueces de Israel*, y les habla de esta manera: « Hé aquí lo que dice el Señor Dios, el Eterno: *Como en otro tiempo yo establecí á Saul sobre Israel, y despues de él á David, no siendo más que un solo pastor, así establezco á Becold mi profeta rey de Sion.* » Los jueces no podian determinarse á renunciar; pero Becold aseguró que también habia tenido la misma revelacion, que la habia callado por humildad, pero que habiendo Dios hablado á otro profeta, era menester resignarse á subir al trono, *para cumplir las órdenes del Altísimo*. Los jueces insistieron en

que se convocase al pueblo; pero en efecto se reunió en la plaza del mercado, y allí habiéndosele presentado por un *profeta* de parte de Dios una espada desnuda *en señal de quedar constituido justiciero sobre la tierra para extender el imperio de Sion por los cuatro ángulos del mundo*, fué proclamado rey con ruidosa alegría, y coronado solemnemente en 24 de junio de 1534. Como se habia casado con la esposa de su predecesor, la elevó también á la dignidad real; pero si bien á esta sola la miró como reina, no dejó de tener hasta diez y siete mujeres; todo conforme á la *santa* libertad que en esta materia habia proclamado. Las orgías, los asesinatos, las atrocidades y delirios de todas clases que se siguieron no hay por qué referirlos, pudiendo asegurarse que los diez y seis meses del reinado de este frenético impostor no fueron sino una cadena de crímenes. Clamaron los católicos contra tamaños excesos, clamaron también los protestantes; pero ¿quién tenia la culpa? ¿No eran los que habian proclamado la resistencia á la autoridad de la Iglesia, y que habian arrojado la Biblia en medio de aquellos miserables para que con la interpretacion individual se les trastornase la cabeza, y se arrojaran á proyectos tan criminales como insensatos? Así lo conocieron los mismos anabaptistas, y así es por qué se indignaron sobremanera contra Lutero, que con sus escritos los condenaba...

« Herman, predicando *la matanza de todos los sacerdotes y magistrados del mundo*; David Jorge, proclamando que solo su doctrina era perfecta, que *la del Antiguo y Nuevo Testamento era imperfecta, y que él era el verdadero Hijo de Dios*; Nicolás, desechando la fé y el culto como inútiles,

despreciando los preceptos fundamentales de la moral, y enseñando que *era bueno perseverar en el pecado para que la gracia pudiese abundar*; Hacket, pretendiendo que habia descendido sobre él el espíritu del Mesias, enviando á dos de sus discipulos, Arthington y Coppinger, á vocear por las calles de Lóndres que el Cristo venia allí con su vaso en la mano, y clamando él mismo á la vista del cadalso: ¡*Jovah!* ¡*Jovah!* ¡*no veis que los ciebs se abren, y á Jesucristo que viene á visitarme?* Estos deplorables espectáculos, y cien y cien otros que podríamos recordar, son pruebas harto evidentes del terrible fanatismo nutrido y avivado por el sistema protestante. Wenner, Fox, William Sympson, J. Naylor, el conde Finzendor, Wesley, el baron Sweedenborg, y otros hombres semejantes, bastan para recordar un conjunto de sectas tan locas, y una serie de extravagancias y crímenes tales, que darian materia para formar grandes volúmenes, donde se presentarían los cuadros más ridículos y más negros, las mayores miserias y extravíos del espíritu humano. Esto no es fingir, no es exagerar; ábrase la historia, consúltense los autores, no precisamente católicos, sino protestantes, sean cuales fueren; y en todas partes se encontrarán numerosos testigos que deponen de la verdad de esos hechos; hechos ruidosos, sucedidos á la luz del día en el centro de grandes capitales, en tiempos que casi tocan los nuestros (1).»

Al tener presente las sabias reflexiones de nuestro malogrado Balmes, renunciaríamos de buena voluntad á nuestros propios conceptos. Bossuet con su inmortal obra de *Las*

(1) Balmes: nota 12.ª al t. 1. de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, etc.

*Variaciones*, y Balmes con su conocida produccion, de la que hemos extractado los párrafos anteriores, puede decirse que han agotado la materia para poner de relieve la falsedad del protestantismo, que con el nombre de *Reforma* no ha hecho otra cosa que destruir, moral y materialmente (1).

No nos detendremos, por impedirlo las dimensiones que hemos señalado á esta obra, en referir todo lo que Lutero cuenta acerca de sus tratos con el diablo; pero si daremos cuenta del hecho siente:

Un día que le hablaban del hechicero Fausto, Lutero dijo con la mayor seriedad: «El diablo no emplea contra mí el recurso de sus encantos: si pudiera dañarme de este modo lo hubiese hecho anteriormente. Él me ha dominado por mucho tiempo, pero al fin me ha dejado libre. Yo he experimentado que aquel compañero no era otro que el diablo.

(1) En nuestra citada obra, escrita á raíz de la revolucion de 1688, decíamos lo siguiente: Mil ejemplos podríamos aducir de esta verdad. Todos los amantes de la *libertad* predicada por Lutero apenas han dominado en un país se han apresurado á destruir los más preciosos templos, dando la preferencia á los que eran maravillas del arte. Sin acudir á tiempos remotos, ¿qué hicieron en España los motores del movimiento de setiembre, que nos regalaron la libertad de cultos, que para nada necesitábamos, permitiendo la introduccion del protestantismo? Respondan por nosotros las ruinas de los templos de Santo Domingo el Real, Santa Cruz, San Millán, Santa Maria de la Almudena y otros de Madrid, el antiquísimo templo de San Miguel de Barcelona, la iglesia de los Descalzos de Cádiz, la preciosa de San Felipe Neri de Sevilla y otras muchas. Pero ¿qué podrá esperarse de los apasionados por Lutero, por el miserable apóstata que tuvo la desvergüenza de poner en música el epitalamio que compuso Emser cuando verificó su escandaloso y sacrilego enlace con la monja Catalina de Bora? Aunque más adelante nos hemos de ocupar de este suceso, consignaremos aquí tan nauseabunda composicion que forma el más acabado panegirico de Lutero.

*I cuculla! vale cappa!*  
*Vale Prior, Custos, Papa,*  
*Cum obedientia!*  
*Ite vota, preces, horae!*  
*Vale timor cum pudore!*  
*Vale conscientia!*

Frecuentemente se ha apoderado de mí de tal manera, que yo no sabía si estaba muerto ó vivo. Alguna vez me ha arrojado á la desesperacion hasta el punto que yo ignoraba si habia un Dios, y que dudaba completamente de Nuestro Señor (1). »

Es indudable que Lutero cayó en el cisma despues de haber sostenido grandes y prolongadas luchas que hicieron enfermar su imaginacion. Por él mismo sabemos que se creía atacado del diablo, el cual durante la noche emprendia con él desesperadas luchas: *Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas reddere ille novit*. En otras ocasiones Lutero se exaltaba hasta el extremo de figurarse que estaba invadido por la Divinidad: entonces se despojaba de su personalidad y exclamaba: *No conozco á Lutero, úvese el diablo á Lutero*.

A tales extravíos llevaba su imaginacion enferma al autor de la Reforma. ¿Habrà algun lector de esta obra apasionado por Lutero ó por su obra? Si es así llamaremos su atencion hácia los delirios de que hemos dado cuenta, y repetiremos las frases citadas arriba de un escritor concienzudo, que dirigiéndose al reformador le dice con respecto á sus conferencias con el diablo: «Ó mientes, y en este caso eres peor que un loco, ó á ser verdad lo que aseguras, ya están juzgadas tu doctrina y tu Reforma.»

Vengamos al tribunal del buen sentido, de la sana razon. Lo de tales conferencias no lo refiere ningun escritor por cuenta propia, sino que es el mismo Lutero el que con toda formalidad lo asegura. Los protestantes ó han de creer que

(1) Michelet: *Mémoires de Luther*, t. II, p. 186.—Audin, *Hist. de Luther*, t. II, cap. 22.

era un delirio de su imaginacion, ó que era una realidad. Si lo primero, ¿cómo siguen las doctrinas y enseñanzas de un hombre que cree como realidad, y lo asegura, los sueños que le producian tal vez los mismos remordimientos de su conciencia? Y si ni aun lo soñó, sino que fué invencion suya, ¿cómo admiran y respetan á un farsante, á un embustero y embaucador de tal calibre? ¿Qué mision podian reconocer en él? ¿En qué fundan la autoridad que dan á su palabra? ¿Es ménos digno de compasion el que oye como á su oráculo á un loco, que el loco mismo? Empero demos por cierto que haya verdad en lo dicho por Lutero, que fuesen ciertas sus discusiones y conferencias nocturnas con el diablo. En este caso no será necesaria mucha fuerza de lógica ni ser muy profundo teólogo para comprender á primera vista que la pretendida Reforma es hija de Satanás, que la anima no el espíritu del cielo, sino el del infierno. Ya, pues, que no podeis negar, señores protestantes, que vuestro padre y patriarca escribiese por su pluma sus nocturnas conferencias, os habeis de decidir por uno de los dos extremos, ó seguir las huellas de un manioso, ó de un embustero, ó á sabiendas os haceis hijos del grande enemigo de Dios, del ángel rebelde, inspirador de Lutero. Consideradlo del modo que mejor os plazca, pero no dejareis de comprender que de ningun modo tuvo mision ordinaria ni extraordinaria para hacer lo que malamente llamó *Reforma* en vez de llamarle *Destruccion*.

Uno de los grandes escépticos del siglo XVI, Montaigne, que cuando disfrutaba de completa salud deseaba que le sorprendiera la muerte plantando sus hortalizas y sin cui-

darse de ella, pero que cuando la vió cerca pensó de otro modo, haciendo que se celebrara el santo sacrificio de la misa en su mismo aposento, espirando en el mismo instante en que hacía un supremo esfuerzo para incorporarse en su cama en el acto de la elevación de la sagrada Hostia, habia dicho un día hablando de religion: «El orgullo es lo que aparta al hombre de los caminos comunes, que le hace abrazar novedades, prefiriendo ser jefe de una turba errante y descaminada enseñando el error y la mentira, á ser discípulo de la escuela de la verdad.» Tambien escribió la condenación de todas las sectas con estas frases: «En materia de religion es preciso atenerse á los que son establecidos jefes de doctrina y que tienen una autoridad legitima, y no á los más sábios y á los más hábiles: *En matière de religion il faut s'attacher à ceux qui sont établis juges de la doctrine, et qui ont une autorité légitime, non pas aux plus savans et aux plus habiles.*»

Lutero pudo ser sabio ó hábil, pero carecia de autoridad, y nadie con sano criterio debió atenerse á su enseñanza. Ese amigo de Satanás (derecho nos dá á llamarle así su relacion de conferencias con él) con su malhadada Reforma, hija de su orgullo, produjo la incredulidad que desde fines del siglo xvii, y en mayor escala desde los últimos años del xix, ha hecho tantos estragos en Europa.

No extrañe el lector que tanto nos vayamos deteniendo al hablar del protestantismo, y que ampliemos del modo que lo vamos haciendo cuanto sobre esta secta escribimos en las ocasiones ya citadas. Téngase en cuenta que la batalla que el protestantismo dió á la Iglesia fué la últi-

ma presentada á esta Esposa inmaculada del Cordero, porque hijos de ella son todas las que luego se han presentado; y tambien que á contar desde la revolucion que en 1868 conmovió el edificio social en nuestra España, el protestantismo ha hecho desesperados esfuerzos por adquirir carta de naturaleza entre nosotros, lo que no ha podido conseguir. En España no hay más que católicos ó indiferentes, y los primeros están en mayoría. El protestantismo no ha adelantado un paso, lo que no podemos decir por desgracia del indiferentismo religioso. Sin embargo, estamos en el deber de presentar á la secta luterana tal cual es para desilusionar al incauto que pueda haber prestado alguna atención á los apóstoles de aquel error que pululan por nuestra España, y que establecen sus comercios de Biblias mutiladas en todas nuestras ferias, y allí donde por cualquier motivo hay aglomeración de gentes.